

LAS MANOS

Cuenta la historia que en el siglo XV en una pequeña aldea cercana a Nuremberg, vivía una familia que tenía varios hijos. Realmente tenían mucha necesidad, pues para poner pan en la mesa para todos, el padre tenía que trabajar casi dieciocho horas diarias en las minas de carbón, trabajo bien difícil, y además en cualquier otra cosa que se presentara. Dos de sus hijos tenían un sueño: querían dedicarse a la pintura, pero sabían ambos que su padre jamás podría enviar a ninguno de ellos a estudiar a la academia.

Muchas fueron los momentos y las noches de conversaciones entre los dos hermanos, hasta que llegaron a un acuerdo: lanzarían una moneda al aire y el perdedor trabajaría en las minas para pagar los estudios al que ganara. Entonces, cuando el ganador terminara sus estudios le pagaría al que quedara en casa sus estudios. De esta forma después de mucho tiempo ambos podrían haber realizado el sueño de sus vidas. El dinero de la venta de las obras del que se graduara primero iba a servir para pagar los estudios.

Lanzaron al aire la moneda un domingo al salir de la Iglesia. El hermano cuyo nombre era Albretch Durer, ganó y se fue a estudiar a Nuremberg.

El otro hermano, Albert, quien quedó en casa, comenzó el peligroso trabajo en las minas, donde trabajó durante cuatro duros años para sufragar los estudios de su hermano, quien desde el primer momento fue toda una sensación en la academia. Los grabados de Albretch, sus tallados y sus óleos, fueron de tal calidad que superaron en muchos casos a los de sus profesores, y para el momento de la graduación ya había comenzado a ganar considerables sumas con la venta de su arte.

Cuando el joven artista regresó a la aldea, la familia Durer se reunió para ofrecer una cena festiva en su honor. Al finalizar la memorable velada, el joven Albretch se puso de pie en su lugar de honor de la mesa y propuso un brindis por su hermano querido Albert, quien tanto se había sacrificado trabajando en las minas para hacer sus estudios una realidad.

Y dijo: “Ahora, Albert, hermano mío, es tu turno, Ahora puedes ir tú a Nuremberg a perseguir tus sueños, que yo me haré cargo de todos tus gastos”.

Todos los ojos se volvieron llenos de expectativa hacia el rincón de la mesa que ocupaba Albert. Este, con el rostro empapado en lágrimas, se puso de pie y dijo muy suavemente: “No, hermano, no puedo ir a Nuremberg, es muy tarde para mí. Estos cuatro años de trabajo en las minas han destruido mis manos. Cada hueso de mis dedos se ha roto al menos una vez, y la artritis en mi mano derecha ha avanzado tanto que hasta me costó

trabajo levantar la copa durante tu brindis. No podría trabajar con delicadas líneas el compás o el pergamino, y no podría manejar la pluma ni el pincel. No hermano, para mí ya es tarde. Pero

soy feliz de que mis manos deformes hayan contribuido para que las tuyas ahora ya tengan cumplido sus sueños.

Más de 500 años han pasado desde ese día y hoy, los grabados, óleos, acuarelas, tallas y demás obras de Albrecht Dürer pueden ser vistos en museos alrededor de todo el mundo. Pero seguramente usted, como la mayoría de las personas recuerde solamente uno. Es el que un día, para rendir homenaje al sacrificio de su hermano Albert, Albrecht Dürer dibujó las manos maltratadas de su hermano, con las palmas unidas y los dedos apuntando al cielo. Llamó a esta poderosa obra simplemente “**Manos**”, pero el mundo entero abrió de inmediato su corazón a su obra de arte y se le cambió el nombre a la obra por el de “**Manos que oran**”.

Cuando tengas la posibilidad de acercarte a esa obra, o a una copia de ella en libros, museos o bibliotecas, mírala bien. Y ojalá que sirva para que, cuando te sientas demasiado orgulloso de lo que haces, y muy pagado de ti mismo, recuerdes que en la vida nadie “**nunca triunfa sólo**”.

Tomado de Internet
Adaptado por Felipe Oliva,
Comunidad de Reina